

PETER PRANGE

EL PAPA
NIÑO



loveda

Título original: *Der Kinderpapst*

Originally published 2012 by Pendo Verlag in der Piper Verlag GmbH, Munich, Germany

Primera edición: 2014

© 2012 by Peter Prange, (www.peterprange.de), represented by AVA international GmbH, Germany (www.ava-international.de)

© de la traducción: Juan Pablo Larreta, 2014

© de esta edición: Bóveda, 2014

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-15497-32-5

Depósito legal: SE-70-2014

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo	
<i>CONGREGATIO</i> 1981.....	11

Libro primero DEL CIELO. 1021 - 1037

Primer capítulo: 1021 - 1033	
UNA SEÑAL DIVINA.....	19
Segundo capítulo: 1036 - 1037	
CREENCIA EN LOS MILAGROS.....	73
Tercer capítulo: 1037	
DECAIMIENTO.....	123

Libro segundo POR EL MUNDO. 1037 - 1045

Cuarto capítulo: 1037 - 1039	
LA ANUENCIA.....	175
Quinto capítulo: 1044	
<i>SUPERBIA</i>	226

Sexto capítulo: 1045	
GUERRA	268
Séptimo capítulo: 1045 - 1046	
RENACIMIENTO.....	310

Libro tercero
AL INFIERNO. 1046 - 1049

Octavo capítulo: 1046	
EL CISMA	371
Noveno capítulo: 1047 - 1048	
<i>ABERRATIO</i>	435
Décimo capítulo: 1048 - 1049	
CASTIGO	492
Epílogo	
<i>BENEFICATIO</i> 1981	587
POESÍA Y VERDAD.....	597
AGRADECIMIENTOS.....	603

*A Roman Hocke,
que de niño quería ser papa
y que, en cierto modo, ha llegado a serlo*

PRÓLOGO

CONGREGATIO 1981

BOSTEZANDO CON LA BOCA CERRADA, MIRÉ DE REOJO EL RELOJ de pulsera con la esperanza de que el tiempo transcurriera algo más deprisa.

Era un asfixiante día de julio de 1981. La Congregación para las Causas de los Santos se hallaba convocada desde las primeras horas de la mañana en un edificio administrativo del Palacio Apostólico. Treinta cardenales, obispos y arzobispos se habían reunido para trabajar sobre una montaña de solicitudes que nadie parecía querer hacer menguar. Mientras mi mirada vagaba por las desnudas paredes de la estancia para que no se me cerraran los ojos o me dedicaba a contar las moscas posadas sobre los pedazos de pastel que nos habían servido de refrigerio las amables monjas de su santidad, iba siguiendo a medias la lectura de los casos acerca de los cuales debíamos deliberar. Las sesiones de la Congregación para las Causas de los Santos, a las que tenía que asistir regularmente en mi calidad de procurador en la Santa Sede y licenciado en Derecho Canónico, constituían para mí la prueba de que el demonio atormentaba no solo el cuerpo de sus víctimas por medio del fuego y el azufre, sino muy especialmente su espíritu mediante otro instrumento de tortura: el aburrimiento. ¡Cuántas veces no habría escuchado ya todo aquello, siempre las



mismas historias de una superstición infantil ridícula, no ilustrada y superada mucho tiempo atrás! Una bilocación por aquí, una curación milagrosa por allá, como si el mundo entero bullera de mártires y santos. Y, sin embargo, en todos aquellos años no se me había presentado un solo milagro auténtico, a pesar de las muchas beatificaciones y santificaciones sin las que el clero católico parecía no creer poder seguir adelante.

¿Cuándo terminaría mi Iglesia por encontrar la fuerza suficiente para renunciar a aquella mojiganga?

De pronto, se elevó el volumen de algunas de las voces.

—¿Beatificar a ese papa? ¿Un hombre que se hizo acreedor de ser culpable de fornicación, asesinato e incluso brujería?

—Sí, ruego a la Santa Sede que declare oficialmente que Benedicto IX, *vulgo* Teofilacto de Túsculo, se halla en la gloria celestial y merece adoración pública.

—¡Esto es inaudito! ¡Si seguimos así, terminaremos haciendo santo al mismísimo Satán!

Desperté de mi letargo como si el Espíritu Santo hubiera encendido una chispa en mi alma. ¿Había oído bien? ¿Estaban hablando de Benedicto IX? De aquel papa no sabía demasiado, únicamente que había vivido en el siglo XI y se había sentado en el trono de Pedro siendo todavía un niño. Sin embargo, lo poco que nos había llegado de él no hablaba en favor de que se le incluyera en el rebaño de los santos. Aquel indigno vicario de Cristo tenía la reputación de haber sido licencioso como Calígula y lujurioso como un sultán turco, un auténtico diablo escapado del infierno que se había puesto la tiara para, disfrazado de papa, ayudar al triunfo de las fuerzas del mal.

Paul Mortimer, un obispo de Chicago que frisaba los cuarenta años, saltó como un resorte de su asiento con el celo de la juventud y protestó con fuerza contra aquella propuesta:

—Para beatificar a alguien deben darse dos premisas que no admiten duda: en primer lugar, la reputación de santidad de la

persona en cuestión y, en segundo lugar, la prueba de un milagro. ¿Puedo preguntarle qué puede calificarse de beatífico en la vida de ese papa libertino?

Jiao Xing, el cardenal taiwanés de la curia, que era quien había hecho la curiosa solicitud de iniciar un proceso apostólico para este caso, respondió sonriendo levemente con su voz pausada y cantarina:

—Comprendo a la perfección sus reparos, obispo Mortimer; pero ¿no fue el padre de la Iglesia, Agustín, quien nos enseñó que solo aquel que haya experimentado el aguijón del pecado en su carne y, sin embargo, haya opuesto resistencia, puede gozar de la santidad? Sí, Benedicto IX conoció el pecado, tal vez incluso de modo más profundo y doloroso que todos los demás papas y santos habidos antes y después de él, quizás incluso por un tiempo sellara una alianza con el mal, pero ¿no debe valorarse tanto más el regreso de un hombre a Dios cuanto más bajo haya caído con anterioridad?

Un murmullo se extendió por la sala mientras algunos miembros de la congregación movían la cabeza expresando sus dudas.

—Además —añadió el cardenal Xing—, para reforzar mi solicitud con un argumento más que pueda germinar en un acuerdo, ¿debemos en nuestro oficio juzgar las vidas de las personas según la apariencia? ¿No deberíamos más bien esforzarnos muy mucho en intentar entender sus actos como manifestaciones de la divina providencia? ¡No olvidemos que el mismísimo Judas Iscariote contribuyó a la salvación de nuestro Redentor!

El murmullo se acrecentó y algunas de las cabezas que acababan de moverse dubitativamente asintieron. Probablemente los hermanos más ancianos estaban, como yo, recordando aquel caso espectacular acerca del cual un padre franciscano de origen alemán había exhortado a deliberar a la congregación hacía ya veinte años: la beatificación del apóstol que había entregado a Jesucristo en manos de los esbirros.

Yo mismo me sorprendí murmurando las palabras con las que en aquel entonces el postulador había razonado su solicitud:

—«Sin Judas no habría existido la cruz, sin la cruz no se habría completado el plan de la redención...».

Pero el obispo Mortimer no se daba por vencido tan fácilmente:

—¿Y qué milagro habría hecho Benedicto IX?

—Tiene usted todo el derecho a hacer esa pregunta —respondió Jiao Xing con la seriedad debida—. Ciertamente, en este caso no tenemos pruebas ni de una bilocación ni de una curación repentina. Sin embargo, no me cabe duda de que puede hablarse de un milagro, seguramente del más grande de todos.

—Y ¿cuál sería ese milagro? —preguntó el obispo Mortimer presa de la agitación, dejando casi escapar un gallito.

En lugar de responder, el cardenal Xing hizo una seña a un guardia suizo. Se abrió una puerta y entró un bibliotecario con un carrito lleno de actas selladas.

—Este legajo —aclaró el cardenal Xing— vino a parar a las manos de nuestro amigo neozelandés el profesor Goalman mientras estaba inventariando en el Archivo Secreto Vaticano. Contiene la respuesta a la pregunta del obispo Mortimer.

El cardenal Xing hizo una pausa para mirar a su alrededor con sus pequeños ojos, llenos de inteligencia.

—¿Quién de ustedes está dispuesto, conforme a las disposiciones contenidas en los parágrafos 1999 a 2141 del *Codex Iuris Canonici*, a redactar un extracto de estas actas con objeto de que los cardenales de esta congregación puedan determinar si es adecuado iniciar el proceso apostólico de beatificación del papa Benedicto IX o si haríamos mejor en invalidarlo?

Lleno de curiosidad, miré aquel legajo de antiquísimos y polvorientos documentos que, probablemente, ninguna mano humana había vuelto a tocar desde hacía casi un milenio: muestras de una vida apagada mucho tiempo ha, en la eterna lucha

entre el bien y el mal, la luz y las tinieblas, la salvación y la condena. ¿Qué verdad sacarían a la luz hoy día?

Sin pensar en las consecuencias de mi acto, levanté la mano.

—¿Monseñor Silvretta?

Todas las miradas se volvieron sorprendidas hacia mí cuando el presidente, el prefecto cardenal Contadini, pronunció mi nombre. Al fin y al cabo, tenía fama de ser un decidido opositor contra cualquier tipo de creencia en milagros.

—En tal caso, le rogaría que se asegurara en nuestra presencia de que los sellos están intactos.

Mientras que el bibliotecario se acercaba con el carrito, acepté con un suspiro el destino que yo mismo me había buscado e hice lo que se me pedía.

—*Cum Deo...*

Esa misma tarde llegó la documentación a mi vivienda privada y me puse a trabajar.

Libro primero

DEL CIELO. 1021 - 1037

PRIMER CAPÍTULO: 1021 - 1033

UNA SEÑAL DIVINA

1

CALLADA SEGUÍA AÚN AQUELLA FRÍA MAÑANA DE OTOÑO. Un silencio de santidad colmaba el mundo mientras el sol iba asomando sobre el castillo de Túsculo, la fortaleza más poderosa de los montes Albanos, al sur de Roma, para secar con sus cálidos rayos el rocío de las hojas de los árboles y de las almenas del castillo.

Un grito que hizo alzarse graznando hacia el pálido cielo azul a las negras aves que allí moraban resonó en medio del mudo silencio, como si aquellos pájaros quisieran huir del drama a vida o muerte que se desarrollaba tras los muros del recinto, pues en su interior, entre las paredes de aquella centenaria fortificación que se alzaba entre bosques verdinegros sobre una solitaria elevación, la condesa Ermilina de Túsculo llevaba un día y una noche de parto.

—¡Traedme agua caliente! ¡Y los fórceps!

Las órdenes de la partera parecían llegar a los oídos de Ermilina desde la lejanía, como si el dolor que se iba apoderando de su cuerpo en oleadas sucesivas aturdiere sus sentidos mientras dirigía su mirada implorante al Cordero de Dios, cuya imagen protectora había hecho colocar en la pared que tenía enfrente. Ya había tenido tres hijos y nunca había pensado que volvería a dar a



luz. Con treinta y seis años era demasiado mayor para quedarse embarazada y hacía una eternidad que no sangraba. Sin embargo, el ermitaño Giovanni Graziano, un hombre santo que vivía solo en medio de los bosques y que le tomaba confesión, había interpretado aquel milagro: su embarazo era una señal divina, tal y como lo había sido antaño el embarazo de Sara, la mujer de Abraham. Por eso, aquel hijo sería un niño especial, y era la voluntad de Dios que ella lo trajera al mundo *ad maiorem Dei gloriam*.

—No logro cogerle la cabeza. ¡Viene del revés!

El cuerpo de Ermilina volvió a estremecerse en un doloroso espasmo, como si quisiera arrojar fuera de sí como una catapulta aquel ser valioso y extraño que anidaba en la oscuridad de sus entrañas; pero la hiriente ola se agolpó junto a una pared invisible y el dolor se acumuló en su interior hasta romper en una marea imparable que le recorrió las venas hasta la última fibra de su cuerpo. ¿Sobreviviría a aquel parto?

La comadrona le separó aún más los muslos y presionó con las manos contra su abdomen inferior.

—¡Tiene que retroceder para que pueda darle la vuelta!

Ermilina percibió que era una lucha entre ella y el niño. Aún medio atrapada en su cuerpo, casi ya entre los ángeles, no cejaba de susurrar los nombres de todos los santos protectores que conocía y se aferraba con todas sus fuerzas al cinturón que Giovanni Graziano le había regalado, el cinturón de santa Isabel, que debía aliviar el parto. «Dios ama a este niño... En un futuro será su instrumento... Ha sido escogido por la providencia...». Las palabras del ermitaño cruzaban por su cabeza como retales oníricos, mensajes de otro mundo del que debía sacar fuerzas, mientras la nueva vida que nacía en ella consumía y hacía desangrarse la vieja.

¿Qué planes tenía Dios para aquel niño como para infligirle semejante martirio?

A través de un velo rojo, Ermilina vio cómo la comadrona agarraba la ampolla, ya rellena de agua bendita, con la que la cria-

tura podía ser bautizada en el vientre de su madre si parecía no poder sobrevivir. Sobrecogida por el terror, Ermilina abrió sus labios en una oración.

—Te lo ruego, Señor, llévate mi vida a cambio de la del niño.

De repente, se hizo un silencio tan grande que pudo oír su propia respiración. Agotada, cerró los ojos y, por un maravilloso momento, parecieron cesar todos los dolores. ¿Había escuchado el Señor sus plegarias y se llevaba a la víctima del sacrificio? A pesar de que su cuerpo estaba bañado en sudor, Ermilina tiritaba de tal modo que las piedras preciosas del amuleto que la partera le había puesto en la muñeca para aliviar sus padecimientos tableteaban, mientras los dientes no paraban de castañetearle.

—¿Cómo debe llamarse la criatura si sobrevive?

Ermilina abrió los ojos de nuevo y vio la expresión interrogante de la comadrona. Con un último esfuerzo de su voluntad, logró reprimir el castañeteo de los dientes y respondió en un susurro:

—Teofilacto. Aquel a quien Dios ama.

—¿Y si es una niña?

Ermilina negó con la cabeza.

—Es un niño..., lo sé..., y debe llamarse Teofilacto.

Con el nombre de su hijo entre los labios y la mirada fija en el Cordero de Dios, la abandonaron los sentidos y se desvaneció.

2

—¿CÓMO VA A SER POSIBLE QUE EL VINO SE CONVIERTA EN SANGRE? —inquirió Teofilacto—. ¿Y cómo puede ser que el pan que nosotros nos tomamos con la sopa se transforme en el cuerpo de Cristo?

—Ese es el secreto de la fe —respondía Giovanni Graziano—. Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven, Señor Jesús.

—Ya lo sé, eso es lo que dice también el padre Abbondio durante la santa misa. Pero ¿no podríais mostrarme cómo sucede? ¡Me encantaría verlo!

Giovanni Graziano lo miró con severidad.

—¿Has olvidado el ejemplo de santo Tomás?

Avergonzado, Teofilacto bajó la cabeza. Sabía por qué su padrino le hacía esa pregunta.

—¿Os referís a las heridas de Jesús?

—Exacto —asintió Giovanni Graziano—. Santo Tomás no quiso creer que el Señor hubiera muerto en la cruz y después resucitado hasta no haber visto la herida con sus propios ojos y haberla tocado con sus propias manos. ¿Qué enseñanza sacamos de esa historia?

Teofilacto no necesitó pensar mucho para responder:

—Que no solo debemos creer en lo que vemos, sino sobre todo lo que Jesucristo dice.

—¿Lo ves? —Su padrino le pasó la mano por la cabeza—. ¿Qué edad tienes ya, hijo mío?

—Seis años, venerable padre.

—¿Y no crees entonces que podrías aplacar un poco tu sed de conocimientos? Al fin y al cabo, la sagrada transustanciación es el milagro más sublime que Dios hace por nosotros.

Como todos los sábados, Teofilacto se había trasladado por la mañana temprano a la morada del ermitaño. Desde varios días antes, Teofilacto ardía en deseos de que se produjera ese acontecimiento semanal, tan grande era su avidez por la instrucción en cuestiones de fe por parte de su padrino. Este, con su escuálida figura, sus largos pelos blancos hasta los hombros y sus ojos negros como el carbón, se parecía a la imagen del Juan Bautista que había en el altar de la capilla del castillo. Teofilacto lo quería y

admiraba más que a su propio padre, el poderoso conde de Túsculo, por quien sentía más bien respeto y, sobre todo, miedo. Aunque Giovanni Graziano no sabía leer ni escribir, lo acompañaba la fama de ser un auténtico hombre de Dios, un cordero entre lobos. Según se decía, Dios se le había revelado ya en su juventud, ordenándole abandonar la casa paterna para seguir el ejemplo de Jesús y vivir como un eremita renunciando para siempre al mundo. Por mandato divino, Giovanni había erigido su morada, una sola habitación rodeada de muros, al final de un camino por el que, al parecer, botellas y ruedas rodaban cuesta arriba, hecho por el que creyentes de Roma y de todo el Lazio peregrinaban hasta aquel lugar. En él vivía Giovanni Graziano en la soledad más absoluta, alimentándose de frutas y plantas que crecían en el bosque, acederas, setas y bayas, así como de los panes que a veces dejaban los piadosos peregrinos delante del refugio. Desde el bautizo de Teofilacto, según le habían dicho a este, Giovanni no había vuelto a abandonar aquel lugar, pues todo aquel que se adentra en el mundo se ve indefectiblemente atrapado por la culpa y el pecado.

—Yo también tengo una pregunta, venerable padre.

Gregorio, hermano de Teofilacto, diez años mayor, un joven rebosante de salud con rizos rubicundos y una barba ya incipiente que rompía las cáscaras de nuez con los dientes y podía tirarse pedos a discreción, había levantado un dedo para hacer notar su presencia.

—Y bien, ¿qué quieres saber? —preguntó Giovanni Graziano.

—¿Por qué traen mala suerte los gatos negros?

—Para eso no hay respuestas, hijo mío.

—¿Por qué no? —replicó Gregorio ofendido—. Cuando Teofilacto pregunta algo, siempre tenéis una respuesta.

—Porque el miedo a los gatos negros es superstición.

—¿Superstición? ¡Imposible! Todo el mundo sabe que los gatos negros traen mala suerte, ¿o no?

Gregorio se giró hacia sus hermanos buscando su asentimiento: Ottaviano, quien con su piel clara y fina y su delgaducho cuerpo parecía una niña, pero que podía comer más que dos hombres juntos, y Pietro, quien siempre estaba cansado como si no hubiera dormido en toda la noche y solo parecía despertar cuando le picaban los granitos que hacía un par de meses habían brotado en su cara.

—Claro que traen mala suerte, los gatos negros —dijo Pietro bostezando—. Igual que cuando pía el cuco en el bosque.

—Nuestro guardabosques oyó piar cinco veces al cuco —confirmó Ottaviano asintiendo afanosamente con la cabeza—. Ahora sabe que morirá dentro de cinco años.

—¿Qué os había dicho? —preguntó triunfalmente Gregorio. Sin embargo, Giovanni Graziano meneó la cabeza.

—Todo eso es superstición —repitió—. Como mucho, un gato negro podría traer mala fortuna si se le metiera un demonio en el cuerpo. El resto es herejía y, como sigas afirmando cosas tan impías, en castigo permanecerás callado el resto del día.

Gregorio se mordió los labios y después se puso a comerse la uña del dedo gordo, igual que un conejo mordiendo una zanahoria. Siempre hacía eso cuando ya no sabía qué hacer o decir. Teofilacto parecía que iba a reventar de orgullo: sus hermanos eran mucho mayores que él, ¡pero él era mil veces más listo que ellos!

De pronto le asaltó una idea.

—Si el miedo a los gatos negros es superstición, ¿no es también superstición la santa transustanciación?

Espantado, Giovanni Graziano hizo la señal de la cruz.

—¿Quieres caer en pecado?

—¡Pero es que no puedo comprenderlo!

—No tienes que comprender nada, ¿me oyes?, tienes que creer, ¡creer! ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo? ¿O ya has vuelto a olvidar la lección que te di?

—No, venerable padre —respondió Teofilacto en voz baja—. Por supuesto que no.

¿Cómo iba a haberla olvidado? Había sucedido el último verano, mientras su maestro le hablaba de la Ascensión del Señor. Teofilacto no había querido creer que un hombre, y Jesucristo era un hombre, pudiera subir a los cielos como un pájaro. ¡Ni que tuviera alas! Entonces, el ermitaño lo había conducido hasta el camino que llevaba de Nemi a su ermita, había puesto en el suelo la vejiga de un cerdo llena de agua y Teofilacto había visto con sus propios ojos lo que su entendimiento no había podido aprehender: aunque fuera imposible, la vejiga había rodado verdaderamente cuesta arriba. En ese momento se había propuesto no volver a hacer preguntas que a su maestro no le gustaba escuchar; pero su lengua no le obedecía.

—En... entonces —tartamudeó—, si la transustanciación no es superstición, ¿qué es? ¿Magia?

Los ojos negros de Giovanni Graziano ardían como dos ascuas.

—Con su ejemplo, Jesucristo nos enseñó tres virtudes: pobreza, castidad y obediencia, y debemos seguirlas. Sus opuestos, opulencia, lujuria y soberbia, nos llevan a la perdición, así que cuídate de tales preguntas, hijo mío. Tras ellas acecha *superbia*, el pecado contra el Espíritu Santo.

Mientras aún estaba hablando el eremita, se abrió la puerta y la madre de Teofilacto entró en la habitación.

—¿Cómo es que habláis de soberbia, venerable padre? —preguntó Ermilina después de haber saludado respetuosamente a su confesor—. ¿No dijisteis vos mismo que este muchacho es un niño especial? ¿Un elegido del Dios trino?

El eremita alzó sus huesudas manos como si quisiera con ellas defenderse de los malos espíritus.

—De ser un elegido a un condenado media a veces solo un paso de distancia. El alma humana está hecha de luz y tinieblas. ¡Hay que cuidar de que las tinieblas no sofoquen la luz!

Un escalofrío recorrió la espalda de Teofilacto. La luz y las tinieblas, él lo sabía bien, eran Dios y el diablo, siempre en lucha, por todos sitios, en los cielos y en la tierra.

¿También en su alma?

Su madre le alargó el jubón con una dulce sonrisa.

—Vístete, niño mío. Vas a venir a Roma conmigo y con tu padre.

—¿A Roma?

—Sí, a la coronación del nuevo emperador. Nos ha invitado tu tío Romano, su santidad el papa Juan.

—¿Y yo? —preguntó Gregorio—, ¿no puedo ir yo también?

—Tú te quedas aquí, igual que tus otros hermanos. Aún tenéis mucho que aprender.

—¡No hay derecho! —protestó Gregorio—. ¡Yo soy el primogénito, no ese cagón!

Su madre le dio una bofetada.

—Sí, tú eres el primogénito, pero solo de tu padre carnal, no de Dios, nuestro Padre y Señor en los cielos.

Mientras Gregorio seguía frotándose la mejilla, Ermilina se giró de nuevo hacia Teofilacto y su voz volvió a suavizarse.

—¿Ya has terminado? Anda, despídete de tu padrino.

Teofilacto se inclinó ante el eremita, después se arrodilló en el aplastado suelo arcilloso delante de la imagen de María, el único ornamento de aquella morada, y, como siempre que entraba en aquel lugar o salía de él, besó al Niño Jesucristo, cuyo rostro le recordaba un poco al suyo mismo.

—Alabado sea Jesucristo.

—Por siempre. Amén.

Cuando su madre lo cogía de la mano, era como si lo cogiera su ángel de la guarda para protegerlo de todo mal. Teofilacto sentía aquel contacto como una bendición. Mientras su madre lo llevara consigo, todo sería tan seguro como la salida del sol cada mañana. Nada malo podría sucederle.

Al salir, dirigió una mirada triunfante hacia Gregorio.

En los ojos de su hermano brillaba la ira, pero, al ver la cara de su madre, no se atrevió a decir nada más.

3

—¡Y AHORA, DEJA YA DE MOVERTE Y ESTATE QUIETA!

Para tranquilizarse, Chiara se imaginó que era un árbol. Como si tuviera raíces, levantó los brazos por encima de la cabeza, respiró profundamente y contuvo la respiración para que no se moviera nada en absoluto mientras la doncella le encajaba la ropa interior de seda, que resbaló por su piel desnuda como si alguien la estuviera acariciando. Estaba tan excitada que no había podido dormir en toda la noche y, para desayunar, no había conseguido tragar siquiera un par de cucharadas de caldo. Su padre no le había dicho hasta la tarde anterior que podría acompañarlo a la coronación del emperador, en la Basílica de San Pedro, en Roma, ¡la iglesia del papa!

—¿Crees que seré la única chica?

—Eso creo —respondió Anna—. Tu padre ha dicho que a cada noble solo puede acompañarlo su hijo mayor. Ni siquiera los duques llevan a sus hijas. ¡Solo el conde de Sasso!

—¡Los demás se van a quedar con la boca abierta!

Con la ayuda de Anna, Chiara se embutió la estrecha parte superior de su vestimenta, una túnica de damasco verde que ella misma había cosido y adornado con perlas.

—¿Habría preferido mi padre tener un hijo en lugar de solo una hija? —preguntó.

—¿Cómo se te ocurre algo semejante? Todavía no he conocido ningún hombre que quiera tanto a su hija como tu padre. ¿O acaso conoces tú un padre que juegue todas las tardes al tric-trac con su hija?

Anna se inclinó para entretejer los pequeños lazos de colores del vestido con las mangas de la túnica. Los lazos hicieron cosquillas a Chiara en los hombros y, como no se podía contener cuando algo le picaba, le quedaba muy estrecho o le molestaba de cualquier otro modo, se rascó en ambos hombros.

—¡Ojalá tu madre estuviera con nosotras aunque solo fuera hoy! —dijo Anna—. Habría estado orgullosa de ti.

Al oír las palabras de la doncella, un fino velo gris se abatió sobre el alma de Chiara. No había llegado a conocer a su madre: hasta donde llegaban sus recuerdos, solo Anna había estado siempre con ella. Su padre le había contado que su madre había fallecido al dar a luz a un niño nacido muerto. Por entonces Chiara solo tenía dos años y no le alcanzaban los recuerdos. De ella solo quedaba un retrato, inacabado sin embargo, pues el pintor se había negado a terminarlo porque era un pecado pintar imágenes de una mujer moribunda. Ahora estaba colgado en el gabinete de su padre, resguardado de miradas extrañas, y mostraba a una mujer preciosa con unos magníficos rizos dorados, pero solo media cara. En una ocasión, Chiara había visto cómo su padre lloraba sentado ante el cuadro. Desde entonces no había querido volver a entrar en el gabinete.

—No estés triste —le dijo Anna—, estoy segura de que ahora mismo está mirándote desde el cielo.

—¿Lo crees de verdad?

—¡Y tanto!

Aquella idea bastó para disipar el velo gris.

—¿Puedo ponerme hoy las medias de dos colores?

—Nunca te había visto ser tan presumida —rió Anna—. Solo lo eres siempre con tus pelos. ¿Es que quieres gustarle al emperador? ¿O hay otra razón?

Chiara notó cómo se ruborizaba bajo la mirada de su sirvienta y hubiera preferido quedarse callada, pero no habría servido para nada: Anna, a sus dieciséis años, no solo era mayor que

ella, tenía más experiencia y sabía de aquellas cosas; además la conocía tan bien que adivinaba todo lo que sucedía dentro de ella. Anna sabía incluso que jamás se cubriría sus rubios rizos con un velo o una toca, ¡ni siquiera cuando fuera una mujer madura!

—Tal vez —dijo Chiara en voz baja— esté allí también mi novio.

—¡Ay, Dios, que te has enamorado! —gritó Anna—. Ven, corazón, acércate para que te cepille el pelo.

4

EL DOMINGO DE PASCUA, EL DÍA DE LA MAYOR CELEBRACIÓN EN EL año eclesiástico, el rey Conrado entró con su séquito en la Basílica de San Pedro para ser proclamado nuevo emperador de Roma, *augustus et imperator Romanum*, el señor más poderoso sobre el orbe. Teofilacto, al lado de su madre, aguardaba desde la mañana temprano en aquella sombría basílica, que con sus agobiantes techos abovedados y sus angostos ventanucos, a él le resultaba tan tenebrosa como los calabozos del castillo de su padre. Mientras los monótonos cánticos del coro reverberaban contra las frías y húmedas paredes, el pueblo iba apiñándose hasta en los últimos nichos y rincones de la casa de Dios. Teofilacto se puso de puntillas y alargó el cuello para poder ver algo entre todos aquellos hombros, espaldas y cabezas de los adultos. A pesar de la escasa luz, logró reconocer a un hombre grande y barbudo vestido con unos ropajes dorados llenos de perlas y joyas. Tenía que ser el rey. A su lado se hallaban hombres con una expresión seria, vestidos con brocados. Uno portaba delante de él la refulgente espada sobre un cojín de terciopelo, otros repartían monedas a izquierda y derecha del camino a cuyos lados se arremolinaban condes, cardenales, obispos, abades, caballeros, soldados y escuderos. Entre



todos formaban un corredor que conducía a una piedra circular, incrustada en el suelo, alrededor de la cual se hallaban reunidos los más prominentes nobles romanos para recibir al papa y al rey. A su frente se encontraba Alberico, padre de Teofilacto y hermano del papa, un hombre fuerte, de anchas espaldas y un rostro esculpido en piedra adornado con una barba rubicunda. Era el primer cónsul de Roma, junto a cuya imponente figura los cabecillas de las demás familias, sabinos, crescencios, octavianos y estefanios, daban la impresión de ser vasallos de menor rango.

Resonó un clarín y se acallaron los cánticos. Con la corona de Carlomagno en las manos, el papa Juan XIX, bajo cuya tiara Teofilacto reconoció la cara familiar de su tío Romano, se acercó al rey.

—Toma el símbolo de la gloria, la diadema de la monarquía, la corona del reino, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Movidos como por un resorte invisible, todos los hombres importantes y poderosos se arrodillaron ante el tío de Teofilacto: reyes, duques y condes, cardenales, obispos y abades, caballeros, soldados y escuderos. Incluso Conrado, el nuevo emperador, dobló la rodilla ante el tío para besarle los pies. Teofilacto observaba la escena sin poder creerlo.

—¿Es el papa más poderoso que el emperador? —susurró respetuosamente.

Su madre asintió.

—Sí, el papa es el hombre más poderoso que hay sobre la tierra, porque es el vicario de Cristo.

Teofilacto tembló. Por un momento, se abandonó a la embriagadora idea de poseer él mismo un poder semejante. ¡Qué sensación tan fabulosa y extraordinaria debía de ser estar de tal modo por encima de todos! Sin embargo, aquella sensación duró solo un instante, pues de repente lo inundó otra, suave e infinitamente embelesadora, una sensación similar a la que se siente al

despertar por las mañanas aterido mientras el sol brilla cálido sobre la cara de uno. Una chica de su edad, un ángel de rizos rubios, piel de alabastro y labios de un rosa pálido, envuelta en una túnica verde orlada de perlas, se hallaba de pie frente a él, entre dos columnas, y lo miraba fijamente con sus ojos azul cielo. Era Chiara, la muchacha con la que, según habían decidido los padres de ambos, debía casarse algún día. El corazón de Teofilacto comenzó a latir como si un caballo galopara en su pecho. Chiara era la única chica que se atrevía a llevar el pelo suelto y, en su primer y único encuentro, dos medias de distintos colores se habían asomado bajo el dobladillo de su túnica dejándolo sin aliento y persiguiéndolo hasta en sueños. ¿Las llevaría puestas hoy de nuevo?

—Chiara... —susurró.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Chiara bajó los ojos. Sin embargo, el modo en que lo hizo, ruborizándose y dando un tironcito de su angelical pelo rubio, fue tan indeciblemente bello que a Teofilacto le asaltó el deseo de ir corriendo hasta ella y cogerla en sus brazos. ¡Dios!, ¿por qué tardaba todo tantísimo en la vida? Aún debía aguardar un año hasta que comenzara su formación como paje y, de todos modos, hasta que no fuera nombrado escudero no sería un hombre de verdad, alguien en quien pudiera fijarse un ser tan sobrehumano como Chiara.

—¿Qué edad hay que tener para poder casarse?

Teofilacto no se había dado cuenta de que realmente había pronunciado la pregunta. Irritada, su madre se volvió hacia él.

—*¡Pssst*, querido! —respondió—. Tu vida está en manos de Dios. Él nos mostrará su voluntad; y, quién sabe, tal vez él no quiera que tú...

Antes de que concluyera la frase, las campanas de la basílica comenzaron a redoblar estruendosamente y un grito de júbilo salido de mil gargantas resonó colmando la oscura bóveda.

—¡Larga vida al emperador, al protector del imperio!

Mientras el pueblo alababa al nuevo señor en todas las len-

guas habladas por los hombres desde la Torre de Babel, Conrado se alzó de sus rodillas y el júbilo se convirtió en un estruendo. Con una sonrisa seria en los labios, el emperador recién coronado hizo una señal a sus súbditos. En ese momento, no muy lejos de Teofilacto, justo entre las dos columnas donde este había visto a Chiara, se desencadenó un tumulto en las filas de los nobles más jóvenes, que se empujaban unos a otros para acercarse lo máximo posible al emperador.

Teofilacto se quedó sin aliento. ¿Dónde se había metido Chiara?

En lugar de a su prima, Teofilacto veía solo un amasijo de hombres que se golpeaban unos a otros salvajemente. Los puños volaban, las espadas salían de sus vainas y, de pronto, en medio de lo peor de aquella algarada, apareció una túnica verde, la pequeña figura, dulce y frágil, de una muchacha, dos piernas agitándose enfundadas en unas medias inconfundibles, una roja, la otra dorada...

—¡Chiara!

5

CHIARA QUERÍA GRITAR PERO, JUSTO CUANDO INTENTABA ESCAPAR gateando de aquel disturbio, alguien le dio una patada tal en las costillas con una bota que se quedó sin poder articular palabra. Mientras buscaba aliento, se tentó en la parte dolorida. Mirara hacia donde mirara, por encima de ella, junto a ella, delante o detrás, se veía rodeada por todos lados de hombres que eran como dos veces ella y que se abalanzaban los unos sobre los otros, un auténtico amasijo de lucha, golpes, empujones y voluntad por hacerse sitio. Un hombre voló en su dirección cayendo de espaldas y golpeándose junto a ella con un ruido sordo.

¿Cómo iba a conseguir salir de allí?